

IDENTIDAD NACIONAL VS. CIUDADANÍA: SOBRE LOS DESVARÍOS DE GUILLERMO DEL VALLE EN RELACIÓN A LA CULTURA ESPAÑOLA

Pau Botella López

Resumen

En su polémica con el separatismo periférico, los autodenominados jacobinos españoles han decidido emprender una cruzada contra la idea de España en su sentido cultural, étnico, e incluso nacional. Los que ansían ocupar el espacio político del PSOE más «españolizado», sin embargo, defienden abiertamente que España, en realidad, no debe identificarse con su historia, su cultura y sus tradiciones; sino que debe reducirse a conceptos como ciudadanía, derechos y deberes. A pesar de su nulo impacto, este grupo político representa en el campo ideológico una falsa «vía alternativa» a los problemas que afectan a nuestra patria; idónea para comprender cómo la izquierda española es incapaz de desprenderse de los lastres del pensamiento liberal, lo cual ha contribuido notablemente a su bancarrota política y social.

Palabras clave: ciudadanía; esencialismo universal; española; etnicismo; identidad cultural; identidad nacional; jacobinos

Introducción

Las políticas globalistas que, a día de hoy, marcan la agenda política de lo que conocemos como Occidente, están suponiendo un verdadero cambio de paradigma, poniendo en el centro de la política la cuestión de la patria y la soberanía.

Los problemas derivados de una política migratoria sin sentido y un declive claro de la identidad nacional siguen siendo ignorados por los principales agentes políticos, que tratan de justificar la decadencia que nos toca vivir con mantras caducados de un liberalismo político cada vez más cínico y desconectado de la realidad. Las «alternativas» a estos partidos mayoritarios no son mejores, intentando desviarse del camino marcado pero sin alejarse mucho de lo políticamente correcto, y poniéndose de perfil con cuestiones fundamentales a día de hoy, como el caso del problema migratorio, que ya preocupan a la mayoría de españoles¹.

Entre estas «fuerzas», algunas alardean de haber recuperado el espíritu de la lucha de los trabajadores, en pro de la unidad y la idea de España, pero detrás de esta fachada solo encontramos un intento vacuo de salvar, a ojos de los españoles, concepciones totalmente liberales, inútiles ante los problemas estructurales que nos afectan como clase y como nación. La intención de este artículo es desmontar algunos de los mitos defendidos por estos grupos, en relación a dos cuestiones que se han convertido en algo central en la política española: la identidad nacional y el problema migratorio.

La bancarrota del multiculturalismo, la inmigración masiva y el nihilismo nacional que se ha implantado sociológicamente entre una gran parte de los españoles, no son problemas aislados uno

¹ Centro de Investigaciones Sociológicas, «Barómetro de septiembre 2024. Avance de resultados», 2 de septiembre de 2024, 5, <https://www.cis.es/es/detalle-ficha-estudio?idEstudio=14842>

del otro. A todos ellos, los atraviesa un debate fundamental sobre la defensa de la patria, de lo que somos, en contra de la expansión corrosiva de un imperialismo ya no solo político-económico (en términos de exportación de capital), sino específicamente consumista, y también cultural.

En el barullo político que se encuentra España actualmente, un grupo ha tratado de destacar en el campo de la izquierda tradicional. Este es el grupo de *El Jacobino*, o *Izquierda Española*, liderado por Guillermo del Valle. Aunque su impacto ha sido más bien nulo, he decidido centrar este artículo en su análisis de los problemas mencionados más arriba, ya que, a mi parecer, Del Valle y compañía representan claramente esa «vía alternativa» que es incapaz de desprenderse de los dogmas liberales que siguen envenenando a una gran parte de la izquierda actual.

La gran mentira del esencialismo universal

Uno de los principios ideológicos que ha caracterizado a este grupo desde el principio ha sido su oposición al «etnicismo», es decir, al culto, según ellos, cuasifeudal hacia la idea de la cultura. Según los *jacobinos*, para combatir las tendencias independentistas, así como el racismo en general en relación al fenómeno migratorio, debemos refugiarnos en un «universalismo» al estilo liberal, que descarte la cultura y la identidad nacionales como elementos a reivindicar. Rechazan abiertamente la idea de la nación étnica. Es más, para ellos, la simple idea de una «identidad nacional» es de por sí reaccionaria, ya que los Estados modernos no pueden reducirse a lo étnico, sino más bien al contrario, se construyen en contra de ello, por oposición, para garantizar deberes y derechos a todos los ciudadanos por igual, sin atender a su origen, su religión o su cultura:

Hay que diseñar una buena política pública para que la cultura no sea la última ratio, el cuarto de las banderas apolilladas. Una nación política y un Estado se tienen que tomar en serio la política cultural. No creo que haya que dejarlo en manos de los agentes del mercado. Ahora bien, de aquí no se puede sacar la conclusión de las famosas identidades culturales. En un Estado democrático, las culturas son plurales, son diversas. Las naciones son políticas, están definidas por la ciudadanía, no por el mito de la cultura. La cultura viene, va... Tony Judt hablaba de *edge people*, de gente de frontera, de intersección. Somos mestizos de pura cepa. Me gusta mucho Brassens y no soy ningún afrancesado (*risas*). España es una nación política culturalmente plural y también abierta a las influencias internacionales. No somos nacionalistas, no somos esencialistas. España no es una esencia cultural en un frasquito.²

Esta idea no es más que la idea clásica liberal de Estado, la cual, según esta gente, deja de lado la cuestión étnica, la supera. En realidad, no es más que la inversión histórica, en forma de ideología burguesa, del proceso real que hay detrás de lo que hoy conocemos como naciones modernas, que algunos tratan de desvincular de la realidad cultural, histórica e institucional que hay detrás de las mismas. Según los *jacobinos*, las desavenencias surgidas de la convivencia de diversos grupos con orígenes y culturas distintos son algo inevitable que el Estado debe afrontar desde una especie de esencialismo universalista, que vele por la ciudadanía como elemento central de convergencia, sin ninguna clase de identidad nacional de por medio.

² Jesús Fernández Úbeda, «Guillermo del Valle: "El nacionalismo es una gran estafa"», *Zenda*, 30 de enero de 2024. <https://www.zendalibros.com/guillermo-del-valle-el-nacionalismo-es-una-gran-estafa/>

En relación a estas cuestiones, Guillermo del Valle publicaba lo siguiente, atacando la idea de la identidad nacional, como algo contrario a los defensores del socialismo y la democracia:

La gran conquista de las revoluciones democráticas al barrer el Antiguo Régimen fue conformar comunidades políticas basadas en la noción de ciudadanía, donde necesariamente la cultura era algo híbrido, abierto, en transformación, mestizo, plural, complejo.

[...] La identidad cultural española es una idea reaccionaria y metafísica como cualquier comunidad política a la que queramos empaquetar en la matraca de «la identidad cultural». ¿Qué hay que hacer o creer o pensar para ser buen español? ¿Qué manifestación cultural es con pedigrí?

[...] Ciudadanía como antídoto contra la reacción. Comunidades democráticas fuertemente sociales basadas en los principios republicanos y socialistas, siempre universalistas, nunca tribales. Contra «las identidades asesinas».³

Cualquiera que sepa de historia, sabrá que esta barrera *inquebrantable* que los defensores de la democracia ponen entre lo étnico y la construcción de los Estados es más bien una proyección, un ideal puro que nunca llega a realizarse. Es más un quiero y no puedo, carente de cualquier análisis realista de la historia reciente y menos aún de la historia de nuestro país.

Existen varios problemas teóricos relacionados con esta propuesta política, que debemos atender uno a uno, para darnos cuenta de sus limitaciones.

Por un lado, se hace una separación absurda entre cultura e instituciones de poder o del Estado. Como si la cultura no tuviese nada que ver con las instituciones del Estado (o de poder, en general), como si esta se redujese a simples expresiones simbólicas —folclóricas, tribales— de un pueblo. Esta confusión se debe, entre otras cosas, a que la «cultura» es un concepto oscuro que muchos utilizan para reducir instituciones sociales (por ejemplo, el matrimonio o la familia), leyes (escritas o no escritas) o lenguas (el único medio de comunicación de ese grupo), a meros sentimientos o relaciones fortuitas y sustituibles sin mayor resistencia unas por otras.

Conciben el Estado moderno como un antes y un después, considerando las divisiones anteriores entre grupos de individuos como separaciones casi fortuitas, basadas en una identidad etérea y prescindible, sin atender al hecho de que dichas diferencias étnicas responden a estructuras administrativas concretas, así como relaciones económicas de las que surgen. Para ellos el Estado nación funciona como una clase de *tabula rasa*, que barrería con esas diferencias, dejando lo étnico a un lado y sustituyéndolo por una clase de concepción universal del hombre.

La realidad es que no pueden abordarse los procesos de construcción nacional (democrático-burgueses) al margen, específicamente, de los procesos de homogeneización social (cultural y étnica) que vivieron esos países de manera previa, y que implicaron, literalmente, la desaparición de divisiones étnicas normalmente por vías violentas, de imposición de unas sobre otras. Se convierte en una empresa prácticamente imposible de explicar el desarrollo del Estado moderno en naciones históricas como España, Francia o Italia, sin atender al legado cultural (cosmovisión del mundo, del bien y el mal, del pasado y el futuro, del individuo, deberes y derechos, etc.) de la civilización romana,

³ Guillermo del Valle (@GuilledValle), «"Identidades asesinas", hoy es más pertinente que nunca combatirlas. La reacción dispara por todos los flancos. Una reacción sombría, identitaria, excluyente. La búsqueda de una identidad cultural esencial, eterna, inmóvil de la que participen solo los nativos, los puros», X, 8 de marzo, 2023, <https://x.com/GuilledValle/status/1633245003114860544>

la religión católica o la filosofía griega, entre otros, que se impusieron a tantas otras realidades culturales, incompatibles con la civilización de la que somos herederos y partícipes.

Por otro lado, el análisis de los *jacobinos* implica otro error garrafal, en torno a la idea de universalidad que suelen manejar. Para ellos, todas las diferencias entre grupos son legítimas, siempre que respeten los mínimos universales sobre los que se construye el Estado moderno. Pero, ¿quién decide qué es lo universal? ¿No se corresponde, acaso, a la visión de un grupo humano, que se ha desarrollado en oposición al resto, y ahora se impone a quienes no ven el mundo como ellos?

La concepción universal del hombre (y la noción de la ciudadanía en la construcción de los Estados nación) no se adscribe a *todos los hombres* por defecto, sino que se consolida en unas fronteras, y se hace efectiva dentro de estas. Así, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano francesa, por mucho que hiciera referencia al Hombre, se hizo valer en el Estado francés. Como hoy, los Derechos Humanos, solo están suscritos por una parte de la comunidad internacional, y sirven como pretexto para que el imperialismo decida el futuro de naciones que «deben ser invadidas» o «controladas» para que también puedan «ver el mundo» como nosotros lo vemos⁴.

Cuando la burguesía, en países como Francia, reivindicaba la igualdad ante el Estado, reivindicaba una visión nueva (y suya) del mundo, la imposición de una nueva organización social, que requería barrer con instituciones, leyes y concepciones culturales de otros grupos. Una visión *jacobina* que reivindicaba la idea universal del ciudadano francés (cualquiera puede ser francés), y que, sin embargo, necesitó combatir con las armas y las leyes a quienes no hablaban francés, sino bajo bretón, bernés o vascuence, por ejemplo⁵.

Es absurdo afirmar que, en realidad, no existe relación alguna entre la cultura y la religión, o el idioma, y la historia de estas revoluciones es el mejor ejemplo de ello.

Esto no es una coincidencia, sino más bien la demostración de que, en realidad, la idea de ciudadanía, o Estado moderno, siempre ha respondido a una realidad concreta, de un grupo que pretende imponerse al resto, con un pasado cultural nada despreciable. Que esta empresa solo ha podido funcionar sobre un cuerpo social étnicamente homogeneizado. Lo «universal», por mucho que en su definición contenga la idea de totalización (incluso de pluralidad y convivencia), siempre parte de una realidad concreta, también cultural (e identitaria); la realidad vivida y construida por la comunidad de hombres que, normalmente, ha sido precedida por ese proceso de consolidación histórica, que les ha permitido desarrollarse al margen de otras visiones y formas de vida, y construir la suya. ¿Qué era lo que exportaba Napoleón, sino una nueva forma de ver el mundo, que pretendía sustituir a otras en un proceso de expansión universal?

Y es que, en las revoluciones burguesas que nos antecedieron, para que prevaleciese la idea de «un Estado para todos», algunos tenían que quitarse de en medio; básicamente porque la homogeneización de la población en el plano jurídico y político implicaba *necesariamente* la homogeneización cultural (étnica e institucional) de los nuevos ciudadanos del Estado en torno a esa *identidad nacional*, tan detestada por los *jacobinos* de Guillermo del Valle. Este proceso puede ser

⁴ Jesús Rodríguez y Rodríguez, «Las declaraciones francesa y universal de los Derechos Humanos», en *Bicentenario de la Revolución francesa*, por Antonio Canchola Castro et al. (México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991), 198-199. <https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv/detalle-libro/410-bicentenario-de-la-revolucion-francesa>

⁵ José Manuel Fernández Cepedal, «Lengua Universal, lengua francesa y *patois* durante la Revolución Francesa», *El Basilisco* no. 1 (1989): 42-43. <https://www.fgbueno.es/bas/bas201.htm>.

unilateral, bilateral o multidireccional, y puede darse a través de la devastación o de la asimilación pacífica, con toda la escala de grises que hay entre ambas. Todas las sociedades que hoy conocemos como Estados modernos y abiertos se consolidaron en muchos casos masacrando al «diferente», al que, al parecer, tanto aprecio le tiene Del Valle y su grupo.

En este sentido, sería ridículo analizar el movimiento liberal en España sin tener en cuenta el proceso de unificación religiosa y la conformación de su identidad nacional, desde la expulsión de los moros como mito fundacional, hasta la de los judíos y el conflicto posterior con los falsos conversos, que acabó con la creación de la Santa Inquisición. Resulta paradójico, pero el mismo movimiento liberal que abolió esta institución, no puede concebirse sin la misma o el proceso histórico que llevó a su creación. Incluso, yéndonos más atrás: ¿de dónde surgen, si no, las diferencias esenciales entre los procesos de conquista anglosajón, francés o hispano?, ¿a dónde acudiremos, si no es a la realidad concreta vivida por las «metrópolis», y a las concepciones religiosas, culturales y morales que caracterizaban a estas sociedades? Aunque se tratara de una visión imperial y no podamos hablar de naciones como tal en ese momento, ¿no estaban exportando su visión de mundo, del *deber ser*, en base a su experiencia histórica concreta? ¿Podríamos concebir, acaso, la empresa que emprendieron los Estados Unidos de América, sin el exterminio y el desalojo de las comunidades indígenas?, ¿sin diferenciar entre protestantismo y catolicismo, o sin tener en cuenta la idea del «destino manifiesto»?

Hobsbawm, al igual que afirma que la gran revolución de 1789-1848 no solo fue industrial, sino capitalista; también incide en otra cuestión fundamental: esta no fue el triunfo de la «economía moderna», sino «de las economías y Estados en una región geográfica particular del mundo (parte de Europa y algunas regiones de Norteamérica), cuyo centro fueron los Estados rivales de Gran Bretaña y Francia»⁶. A estos avances económicos, le acompañaría un pensamiento centrado en el progreso político y social, portador de la idea del racionalismo, la civilización y el dominio de la naturaleza, inseparables del progreso técnico y científico⁷.

Los Estados que se fundaron al calor de la Revolución Francesa necesitaron también una «revolución cultural», que llevara a la población a aceptar todo este pensamiento como medio de organización social, opuesto al tradicionalismo del Antiguo Régimen y la superstición religiosa. La diversidad en estos puntos se desvanecía. Y, en este proceso, Francia llenaría de significado y exportaría al mundo un concepto que aterra a estos *jacobinos* del siglo XXI: el nacionalismo. Un nacionalismo que se forjaría en la rivalidad nacional con otros países, y la subordinación nacional de aquellos que conquistaban en nombre de la revolución. El nuevo Estado moderno nunca, jamás, permitiría la complejidad (cultural, lingüística e institucional) que caracterizó a su antecesor, el Estado feudal⁸.

Sin embargo, Del Valle cree estar por encima de todo esto, y tratando de defender la «esencia» de estos procesos democrático-burgueses, se rebela contra ellos mismos, llegando a afirmar que «el nacionalismo forma parte de la peor tradición reaccionaria, un pensamiento simple y peligroso, la antítesis de la ciudadanía y los principios de emancipación de las revoluciones democráticas, y por

⁶ Eric Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas* (Madrid: Guadarrama, 1971), 13.

⁷ *Ibidem*, 46-50.

⁸ *Ibidem*, 114-116.

supuesto incompatible con la vocación universalista del socialismo»⁹. Algo no encaja. O Del Valle en realidad sí es un afrancesado, incluso más francés que los franceses, o directamente no conoce nada de la historia de Francia.

Desde la perspectiva revolucionaria, este problema ha estado presente desde el principio del movimiento obrero. Carlos Marx y Federico Engels dedicaron numerosos análisis a los procesos de revoluciones burguesas liberales que vivieron en la Europa de principios y mediados del siglo XIX; ciertos grupos étnicos o nacionales se ponían del lado del absolutismo, porque era su única forma de seguir existiendo, estaban anclados a viejas formas de vida y tenían concepciones reaccionarias, que, según los líderes revolucionarios, les condenaban a desaparecer como pueblos y no dejar rastro. De hecho, llegaron a diferenciar entre naciones revolucionarias y contrarrevolucionarias¹⁰.

¿Esto es, como dicen algunos posmodernos recelosos, porque Marx y Engels eran unos chovinistas, unos identitarios que querían imponerse sobre las diferencias de los demás? No, más bien porque entendían cómo se daban los procesos de construcción de naciones evolucionadas y libres de las ataduras del Antiguo Régimen. Porque sabían que la «teoría» no solucionaba los problemas realmente existentes, si se mantenía en unos marcos rígidos e idealistas. Así, Engels escribía:

No se puede primar al desarrollo social, económico y político del capitalismo unas ruinas, anécdotas y tradiciones medievales fosilizadas que se van a terminar extinguiendo en la mayoría de los casos en no mucho tiempo.

La época del paneslavismo se dio en los siglos VIII y IX, cuando los eslavos meridionales todavía tenían Hungría y Austria enteras y amenazaban a Bizancio. Si entonces no pudieron resistir la invasión alemana y magiar, si no pudieron ganar la independencia y formar un reino consistente ni siquiera cuando sus dos enemigos, los magiares y los alemanes, se descarnaban unos a otros, ¿cómo quieren hacerlo ahora, después de un sojuzgamiento y una desnacionalización milenarias?

No hay ningún país europeo que no posea en cualquier rincón una o varias ruinas de pueblos residuos en una anterior población contenida y sojuzgada por la nación que más tarde se convirtió en portadora del desarrollo histórico. Estos restos de una nación implacablemente pisoteada por la marcha de la historia, como dice Hegel, esos desechos de pueblos, se convierten cada vez, y siguen siéndolo hasta su total exterminación o desnacionalización, en portadores fanáticos de la contrarrevolución, así como toda su existencia en general ya es una protesta contra una gran revolución histórica.

Así pasó en Escocia con los gaélicos, soportes de los Estuardo desde 1640 hasta 1745.

Así en Francia con los bretones, soportes de los Borbones desde 1792 hasta 1800.

Así en España con los vascos, soportes de don Carlos.¹¹

⁹ Guillermo del Valle (@GuilledValle), «El nacionalismo étnico y cultural ha sido siempre un movimiento reaccionario que está en la trastienda de los episodios más oscuros de la Historia de la humanidad. El *Volk*, el romanticismo y el idealismo alemán, la antítesis de la nación cívica y política como espacio de soberanía compartida, proyecto común, culturalmente mestizo, unidad de decisión y redistribución conjunta», X, 19 de noviembre de 2023, <https://x.com/GuilledValle/status/1633245003114860544>

¹⁰ Georges Haupt y Claudie Weill, «Marx y Engels frente al problema de las naciones», en *Karl Marx y Friedrich Engels: La cuestión nacional y la formación de los estados*, ed. José Aricó (México D.F.: Cuadernos de Pasado y Presente, 1980), 17.

¹¹ Friedrich Engels, «La lucha magiar», en *Karl Marx y Friedrich Engels: La cuestión nacional y la formación de los estados*, ed. José Aricó (México D.F.: Cuadernos de Pasado y Presente, 1980), 101-102.

En los procesos de integración de comunidades distintas entre ellas, habrá grupos de hombres que mostrarán mayor resistencia a las formas de esta unificación. Y es que, la forma de concebir el Estado moderno por parte de muchos «politólogos», al igual que su idea de multiculturalidad, suele estar caracterizada por una ingenuidad tremenda, que se relaciona necesariamente con esta cuestión. Normalmente se caracteriza a los Estados modernos como Estados en los que pueden convivir distintos grupos étnicos, donde ya no tienes que creer en un mismo Dios, participar en ciertas ceremonias o cumplir con unos parámetros morales concretos para ser un ciudadano de pleno derecho. EE. UU., Brasil, China o Rusia serían ejemplos de esto a gran escala: Estados con una gran población, con diferencias étnicas entre sus miembros, que conviven en un extenso territorio.

La realidad es que, como hemos expuesto arriba de manera breve, no se pueden concebir los Estados nación actuales (incluso aquellos que conservan grandes territorios y ciudadanos de distintas etnias) sin los procesos de homogeneización cultural que se han dado en dichos territorios. Este proceso no se puede separar tampoco del papel de unificación (y demolición) social, que tomó la extensión del capitalismo, la universalización de la producción de mercancías. Las diferencias culturales que coexisten en Estados como el chino o americano en la actualidad son nimias en comparación a las que precedieron a la formación de estas naciones.

La cuestión es ¿por qué estos *jacobinos* dedican tantas energías a desligar la construcción de Estados modernos, de su realidad étnica, histórica y cultural? ¿Por qué criminalizar la identidad nacional? Pues todo esto surge, ni más ni menos, que de su «lucha» contra el independentismo en España, al cual han enfrentado el argumento más acomplexado y alejado de la realidad posible: si no existe la identidad española, tampoco puede existir la catalana, la vasca o la gallega. Si España no es nada, y se reduce a derechos abstractos compartidos por otras naciones «avanzadas», no puede haber razones para separarse de ella. Entremos ahora en esta cuestión, para entender sus implicaciones reales.

La identidad española... ¿no existe?

Del Valle ha demostrado tener miedo a la idea de «exclusividad» que implica necesariamente la construcción de una nación. Para él, no puede existir la identidad nacional, porque entonces todo aquel que no encaje en tu idea de «ser español», a pesar de cumplir con sus obligaciones como ciudadano, será tratado como alguien de segunda. Todo el mundo tiene «derecho» a ser español, al parecer. Mientras cumpla con sus obligaciones como ciudadano, debe ser aceptado como uno más.

Este análisis hace aguas por todas partes. En primer lugar, porque Del Valle opone directamente la identidad nacional a tener una visión abierta, compleja e híbrida del mundo, incluso de la propia nación. Siguiendo la lógica de Guillermo del Valle, en el momento que tu cultura cumple estas características, esta deja de existir como tal para convertirse en algo universal y separado de las tradiciones, los hábitos y las costumbres de tu comunidad misma. Ya no es étnico, sino «universal». Sin embargo, debemos recordarle al señor Del Valle que esa visión abierta, universal del hombre, forma parte de una tradición cultural, política y económica específica, que se ha impuesto (en muchos casos, a sangre y fuego) tanto al sujeto de la soberanía nacional (el pueblo dotado de derechos y deberes) como al resto de países.

Incluso, llevando esta idea absurda a sus límites lógicos e intentando ponernos en los zapatos del señor Del Valle, es un sinsentido de los pies a la cabeza. España ha evolucionado, y mucho, en lo que a su identidad se refiere; sin embargo, la cohesión social en nuestra sociedad, en torno a instituciones culturales, tradiciones, símbolos o el propio idioma, se ha consolidado en el tiempo como no lo ha hecho en muchas otras naciones o Estados del mundo.

«¿Qué hay que hacer o creer o pensar para ser buen español?», dice Del Valle, tratando de quitarse un muerto de encima. Pues veamos, si aplicando su lógica, podemos responder a esta pregunta.

Como el señor Del Valle parece que tiene alguna clase de fobia a las cuestiones más folclóricas o simbólicas (que separa, de forma metafísica, de otras instituciones culturales, como si fueran simplemente prescindibles), partamos de su noción de «ciudadanía».

Resulta que, a pesar de su «universalidad», la ciudadanía española (entendida en la dimensión, por ejemplo, jurídica: deberes y derechos) ¡es diferente a otras ciudadanías del mundo! Ser ciudadano en España te obliga a cumplir con una serie de deberes y te otorga unos derechos que, sin embargo, en otros países o no existen o se configuran desde perspectivas incluso contrarias. ¿Esto tampoco se puede relacionar con una «identidad» y una cultura concretas, consolidadas en el tiempo? Entendemos que, para el señor Del Valle, en los exámenes para obtener la nacionalidad deberían eliminarse los requisitos en torno al conocimiento de nuestra historia y nuestra cultura; incluso el conocimiento básico de nuestra lengua, ya que, gracias a los avances tecnológicos actuales, cualquiera con un traductor automático podría cumplir con sus obligaciones jurídicas, y ser igual de español que cualquier otro.

Por otro lado, no se trata de ser un «buen» o «mal» español. Español se es, o no se es, porque hablamos de una determinación histórica que se manifiesta en cada uno de los individuos que constituyen una comunidad humana (y política), al margen de la voluntad de cada uno. Es Del Valle quien trata de mezclar la «identidad», con tener un buen o mal comportamiento. Pero, lo más interesante, es que los españoles, como comunidad desarrollada en el tiempo, también tienen sus concepciones morales sobre el bien y el mal. Porque, repito, somos un grupo humano diferenciado de otros grupos, con una experiencia histórica concreta, que ha cristalizado en una identidad común. Cuestiones que para nosotros son de natural cumplimiento, para otras personas, que vienen de contextos nacionales distintos, son extrañas o incluso contrarias a su forma de ver el mundo. Esto puede comprobarse, por ejemplo, en las leyes: comportamientos que en España se consideran como normales y aceptables, en otros países se califican, directamente, de ilegales, y viceversa.

Es increíble tener que exponer cosas tan sencillas y evidentes, pero la ocasión lo merece. Hablar de identidad nacional es «reaccionario». La duda que me asalta, a raíz de esto es: ¿cómo diferencia Del Valle a un español de una persona extranjera? ¿Lo reducen todo a un DNI? ¿Basta con cumplir las leyes? ¿Cuál es el límite? ¿Son las 8 mil millones de personas del mundo *potencialmente españolas*?

Negar la identidad nacional es suponer que el Estado español no es más que una «forma» institucional, que puede abarcar cualquier clase de contenido. Es decir, para «nuestros» *jacobinos* el Estado español puede servir para configurar la realidad social de cualquier otra parte del mundo. España, como tal, puede reducirse a su Ordenamiento Jurídico y a una división de poderes estándar. Es decir, que puede ser cualquier cosa, barriendo de un plumazo las diferencias etnográficas previas

que hicieron posible la configuración moderna de las naciones europeas y que llevaron a españoles, franceses o italianos a construir Estados propios. La realidad es que el Estado español, tal y como lo conocemos, solo puede «contener» a la España que conocemos, como producto de la historia.

Si vaciamos el contenido del Estado, si presuponemos que el Estado puede funcionar de manera idéntica en una realidad nacional radicalmente distinta, es que ignoramos nuestra historia y la de todos los Estados-nación modernos. ¿De qué servirán las leyes, los deberes y los derechos, si una parte de la población ni siquiera habla el mismo idioma que nosotros? ¿Si creen que, a pesar de esas leyes, ellos, como comunidad, están legitimados a aplicar su propia ley (la *sharia*, por ejemplo)? ¿Si su sentido de pertenencia es negativo, y cada vez se separan más del resto, porque ninguna «medida democrática» es capaz de enfrentar oleadas migratorias masivas?

La solución de Del Valle ante esta cuestión no va a sorprender a nadie. Ponerse de perfil y llamar a la moderación, apoyándose en una fórmula que sigue fracasando allí donde se aplica: defender relativamente las fronteras (pero no mucho) e integrar a los inmigrantes (pero sin poner en valor nuestra cultura y nuestra historia como elementos que participen de esa integración):

Yo creo que una persona de izquierdas coherente, a día de hoy, se encuentra un poco entre dos aguas, igualmente populistas, cuando oye hablar del tema de la inmigración. Por un lado está una visión heredera del liberalismo más extremo, que aboga por la abolición de las fronteras, pero porque en el fondo sólo concibe las fronteras como trabas a la libre circulación de capitales. Por el otro está el repliegue etnicista y nacionalista, que lo que quiere es controlar férreamente las fronteras para poder discriminar por cuestiones puramente identitarias a los ciudadanos. Ambas me parecen peligrosas. Yo lo que creo es que cualquier persona que quiera abordar esta cuestión desde un punto de vista racional, para empezar, debe reconocer que ningún Estado puede asumir los flujos migratorios sin ningún tipo de regulación. Y es en la manera de asumirlos donde hay que poner el foco. A mí me parece que lo que se debe intentar es crear marcos de integración desde un punto de vista de ciudadanía política.¹²

Los *jacobinos*, en su lucha contra los independentismos y contra el «populismo racista», señalan horrorizados cualquier atisbo de etnicismo, vaciando a España de su contenido y sustituyéndolo por la caja única de la Seguridad Social. Porque, si España no es nada, si no contiene nada en absoluto, entonces separarse del Estado jamás estará justificado, y todo el mundo puede integrarse en ella. Pero, paradójicamente, vaciar a España de contenido solo nos conduce inevitablemente a que, en un futuro, España se convierta *efectivamente* en un país de países, compuesto por grupos aislados unos de otros, que no tienen razón alguna para entenderse ni para convivir. Algo debe servir de pegamento social, y un Ordenamiento Jurídico no es suficiente para tal empresa.

Conclusión

La idea de Del Valle de construir un Estado donde «no importe tu cultura» solo es posible, atendiendo a la historia, a un proceso de homogeneización social, en el que la unificación de instituciones

¹² Luis H. Goldáraz, «Guillermo del Valle: “Hay que rebelarse, hace falta un socialismo que defienda la unidad de España”», *Libertad Digital*, 2 de diciembre de 2023, <https://www.libertaddigital.com/cultura/libros/2023-12-02/guillermo-del-valle-hay-que-rebelarse-hace-falta-un-socialismo-que-defienda-la-unidad-de-espana-7075152/>

culturales se convierte en una prioridad. Un proceso en el que importa (y mucho) la cultura de cada uno. La cohesión social en los Estados idealizados por el señor Del Valle parte, justamente, de una historia y una cultura compartidas, de una identidad nacional sólida.

Que una cultura sea abierta, híbrida y compleja no implica que esta deja de ser una cultura, una identidad, como tal. Y esta, aunque tenga una visión universal del hombre y la humanidad, y sobre sí misma, siempre va a ser un producto del desarrollo histórico de la sociedad que ha gestado dicha cultura. No puede separarse de sus tradiciones, costumbres, lengua, etc. No es posible la construcción de grandes Estados nación, funcionales, que permitan la convivencia de millones de personas bajo un mismo régimen jurídico, político, social y económico sin la asimilación (violenta, pacífica...) previa de las comunidades humanas que se resisten a formar parte de un proyecto que rebasa sus instituciones sociales y su visión del mundo, incluida la frontera del idioma.

En otras palabras, si hoy podemos hablar de Estados donde «no importan las diferencias», es porque *no hay* tantas diferencias como antes, porque somos más parecidos que nunca como consecuencia inevitable de la homogeneización social finiquitada por las revoluciones democrático-burguesas y la creación de mercados internos, dentro del proceso de globalización económica y política directamente relacionado con la expansión y consolidación del capitalismo.

Son estas las condiciones materiales que han permitido que la idea de «multiculturalismo» se consolide para muchos como una realidad posible (aunque, de hecho, no lo sea). Porque cuando hablan de la convivencia de grupos distintos, hablan de grupos que guardan entre ellos más similitudes que en toda su historia, principalmente por el papel del mercado y del consumo en todo el mundo. Y, a pesar de esto, su idea de «convivencia» choca de bruces con una realidad histórica que ha puesto de manifiesto que no todos los grupos étnicos pueden convivir bajo las mismas reglas, aunque el capitalismo de cierto modo les «empuje» a ello. De hecho, les empuja a ello, pero no necesariamente por medios pacíficos o poco problemáticos. Que el capitalismo busque la creación de una masa homogénea de trabajadores que sirva a la reproducción capitalista sin oponer resistencia alguna, no implica que el «multiculturalismo» sea algo posible ni deseable.

De hecho, esta tendencia se ha expresado históricamente en la agenda política de la burguesía, que protagonizó los distintos procesos de construcción nacional que darían como resultado los Estados nación de la actualidad, que quedan muy lejos del ideal multicultural. En este proceso, surgió lo que más tarde se clasificaría como cuestión nacional, la lucha por desembarazarse de las relaciones de producción y relaciones de poder (políticas) del feudalismo. Y ese mismo proceso, empujó a la burguesía a asimilar, normalmente de manera forzosa, a distintos pueblos que se habían quedado rezagados en «la historia» y que *necesariamente* debían postrarse a los intereses de la nueva clase dominante.

La identidad nacional sigue siendo a día de hoy un elemento de cohesión social, y contiene múltiples elementos que debemos seguir protegiendo y potenciando para que nuestra nación realmente camine hacia el progreso. Un progreso muy diferente al ideal abstracto defendido por los posmodernos, que siguen reproduciendo los dogmas liberales como justificación para acabar con lo que somos y garantizar que sigamos sojuzgados a intereses extranjeros.

Referencias

- Centro de Investigaciones Sociológicas. «Barómetro de septiembre 2024. Avance de resultados». 2 de septiembre de 2024. <https://www.cis.es/es/detalle-ficha-estudio?idEstudio=14842>
- Engels, Friedrich. «La lucha magiar». En *Karl Marx y Friedrich Engels: La cuestión nacional y la formación de los estados*, editado por José Aricó, 101-102. México D.F.: Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.
- Fernández Cepedal, José Manuel. «Lengua Universal, lengua francesa y *patois* durante la Revolución Francesa». *El Basilisco* no. 1 (1989): 41-45.
<https://www.fgbueno.es/bas/bas201.htm>
- Fernández Úbeda, Jesús. «Guillermo del Valle: "El nacionalismo es una gran estafa"». *Zenda*, 30 de enero de 2024. <https://www.zendalibros.com/guillermo-del-valle-el-nacionalismo-es-una-gran-estafa/>
- Goldáraz, Luis H. «Guillermo del Valle: “Hay que rebelarse, hace falta un socialismo que defienda la unidad de España”». *Libertad Digital*, 2 de diciembre de 2023.
<https://www.libertaddigital.com/cultura/libros/2023-12-02/guillermo-del-valle-hay-que-rebelarse-hace-falta-un-socialismo-que-defienda-la-unidad-de-espana-7075152/>
- Haupt, Georges y Claudie Weill. «Marx y Engels frente al problema de las naciones». En *Karl Marx y Friedrich Engels: La cuestión nacional y la formación de los estados*, editado por José Aricó, 17. México D.F.: Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.
- Hobsbawm, Eric. *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama, 1971.
- Rodríguez y Rodríguez, Jesús. «Las declaraciones francesa y universal de los Derechos Humanos». En *Bicentenario de la Revolución francesa*, por Antonio Canchola Castro et al., 198-199. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.
<https://biblio.juridicas.unam.mx/bjv/detalle-libro/410-bicentenario-de-la-revolucion-francesa>